

Lula y Chávez

Para la reflexión sobre nuestros rumbos.

Por: Edgar Gutiérrez

Una rápida visita a las principales ciudades de Brasil no deja una impresión muy distinta a la que trae la memoria de 2003, en la víspera del traspaso de mando al presidente Lula. Entonces las clases medias y altas estaban perturbadas porque un obrero “no ilustrado” y, para colmo, militante izquierdista, se haría cargo del Gobierno y “echaría a perder el país”.

Esos temores están ahora disipados. De la mano de Lula, quien cumple su segundo mandato, Brasil es una potencia prometidora. La economía crece, las finanzas son estables, la voz del país se respeta en todos los foros y hasta emerge con capacidad bélica insospechada. Los que estaban bien siguen contentos, pero también quienes estaban mal. Las transferencias condicionadas, que cubren a 11 millones de habitantes en pobreza crónica, hacen la diferencia.

Cierto, el Partido de los Trabajadores bajó la prelación de las reformas estructurales y se fue por la agenda blanda, sin entrar en choques con el statu quo, logrando un inusitado éxito político.

Nadie se pregunta por la calidad de la inversión social. Los programas ni siquiera han sido evaluados (a diferencia de México, con las transferencias más diagnosticadas del mundo); tienen legitimidad política y eso les basta. En la próxima campaña sólo a un candidato se le ocurriría criticarlos.

Una visita a vuelo de pájaro a Caracas deja un contraste inquietante, en relación a, digamos, siete años atrás. La ciudad perdió brillo, las lujosas áreas de negocios y consumo están deterioradas. Cierta delincuencia campea, los desórdenes monetarios son distorsionantes y mucha gente no está feliz. Las noticias que llegan desde los barrios marginales y de la provincia dicen que los pobres están atendidos y se sienten reivindicados por el presidente Chávez.

Entre Lula y Chávez hay empatía, ambos adhieren a la izquierda, pero sus modelos de sociedad y estrategias políticas son contrastantes. No responden a trazos ideológicos previos, ni siquiera a sus temperamentos. Los marcan sus circunstancias. A Lula lo atrajo un centro político estabilizador y la responsabilidad del Estado-nación llamado a ser potencia. Su opción es reformista y de largo plazo. Lula es apenas un eslabón de la cadena. A Chávez lo radicalizó un medio político atrasado y una oligarquía rentista. O sea, la falta de un proyecto de país. Chávez es reactivamente excluyente y centralizador. No está clara su herencia ni sus herederos, sólo la huella. Lula y Chávez son referentes para la reflexión sobre nuestros rumbos.